

562

DULCE MARIA

José Agustín Goytisolo

Acabo de releer Obra Lírica, de Dulce María Loynaz, y también Un verano en Tenerife, libro suyo en prosa que es algo más que una crónica de viaje, empapada como está de dulzura y lirismo. Dulce María ha conseguido, en España, el último Premio Cervantes, y con todo merecimiento. Nació, en La Habana en 1903, o sea que acaba de cumplir noventa años. Su padre fue Enrique Loynaz del Castillo, héroe de la independencia cubana en la guerra contra España, que terminó en 1898, siendo él General de las tropas mambises.

Yo conocí a Dulce María Loynaz en su jardín de La Habana; me acompañaron Pablo Armando Fernández, César López y Manuel Díaz Martínez. En su jardín y en su casa todo parecía detenido en el tiempo; todo, menos su poesía y su voz, que discurrían como agua fresca. Ella era consciente de su carácter cuando decía: "Juana de Ibarbourou canta la tierra, Gabriela Mistral el viento, Delmira Agostini el fuego, y yo soy el agua de lo que se escurre, de lo que se va..."

Apartada de grupos y de generaciones, es una ausencia siempre presente en Cuba. José Lezama Lima le escribió una carta en la que decía: "Su vida aparece en su obra como si fuera un misterio que se nos entrega y que, al mismo tiempo, permanece sellado." Y Vicente Aleixandre escribió, en 1959: "La poesía cubana actual muestra la variedad de su poder en maestros y jóvenes. Entre los primeros, Lezama, que ha hecho escuela, y Dulce María Loynaz, solitaria..."

Dulce María, felices noventa años lúcidos y felicidades por el muy merecido Premio Cervantes. Siempre, siempre la recordaré en su jardín habanero. Tiene usted razón: la poesía es tránsito, como el agua de un arroyo.